

Comunicación para la comunión

Red TEC, OCLACC

El cambio de época que vivimos no ha resuelto, ni mucho menos disminuido, las profundas desigualdades económicas y sociales que caracterizan la realidad de Latinoamérica y del Caribe. La llamada sociedad de la información o del conocimiento, en la que supuestamente la humanidad entera ha ingresado, no deja de ser un eufemismo para millones de hijos e hijas de Dios que sobreviven en condiciones infrahumanas sin esperanza cercana de vislumbrar una salida.

El cambio de paradigmas, los nuevos desafíos para la clásica organización familiar, la importancia del diálogo y el respeto entre las diversas culturas, las diversas posibilidades que abren las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, etc., representan nuevos desafíos para los comunicadores. ¿Cómo ser discípulos de Jesús en esta realidad? ¿Qué significa comunicar la buena nueva a los pobres? ¿Cómo proclamar desde los tejados el amor de Dios?

1. Las apuestas básicas: la encarnación y la comunión

La Iglesia en Latinoamérica, en atención plena al Espíritu, está inserta en “el movimiento mismo de la Encarnación”, como lo dijera Juan Pablo II, al invitar a la Iglesia Universal a Encarnarse en el tiempo y en el espacio

de “la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas” (NMI, n 3).

En el espacio de las comunicaciones, la Iglesia en Latinoamérica, siguiendo el dinamismo de la Encarnación, descubre que entender la comunicación como camino para la comunión va mucho más allá de la mera transmisión de información. La comunicación, por su propia raíz etimológica del latín *communis*, apuesta por construir la comunidad, donde “la comunión y el progreso en la convivencia humana son los fines principales de la comunicación” (C.P, n 1).

La comunión, la comunidad y la convivencia humana han estado y están en la atención y preocupación de la Iglesia en Latinoamérica. La convivencia humana está unida también al reconocimiento de las personas como ciudadanos con deberes y derechos que a lo largo de estos años muchas comunidades eclesiales han acompañado este proceso como una tarea evangelizadora.

2. Presencia e incidencia

La Iglesia no sólo reconoce la importancia de los medios de comunicación, sino que “la evangelización no puede prescindir, hoy en día, de los medios de comunicación” (DP, n 1064). Por ello, la presencia en los medios de comunicación, tanto en los que son de la Iglesia, como en los privados y en los públicos, es una tarea ineludible de todas las iglesias particulares.

Además del uso de los medios, la presencia en los espacios de formación de los comunicadores sociales se hace imprescindible. Desde la perspectiva humanizadora y evangelizadora de la Iglesia debemos acompañar la formación, profesionalización y especialización de periodistas y comunicadores en general; y, desarrollar programas de formación para comunicadores católicos en tres grandes campos: a) Formación de pastores (agentes de pastoral) para la comunicación, b) formación de comunicadores para la pastoral y c) formación de perceptores críticos y activos.

2.1. La comunicación es un derecho fundamental

El cambio de época que vivimos se caracteriza no solamente por el acelerado desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de la

comunicación sino también por la concentración de la propiedad de dichos medios, en pocas manos. Pero, con alegría constatamos que en la sociedad, crece el reconocimiento de la comunicación como un derecho inalienable.

Desde nuestra perspectiva cristiana asumimos la comunicación, como don gratuito de Dios y uno de los bienes más preciados. Por lo tanto, nuestra tarea evangelizadora deberá orientarse también a consolidar el derecho a la comunicación como un derecho humano fundamental. Así mismo, a propiciar que todos los grupos sociales puedan ejercer ese derecho y que los propietarios de los medios y de las tecnologías de la información nunca olviden que administran un bien de servicio público.

Desde esta perspectiva animamos a los diversos grupos sociales, entre ellos a las iglesias locales, ha promover el acceso a la propiedad y al uso de los más diversos medios y tecnologías de la información y la comunicación, al servicio del diálogo, la educación, la evangelización y la construcción de comunidades solidarias.

2.2. Participación de los cristianos en políticas públicas de comunicación

Acompañar al Pueblo de Dios en su derecho a la comunicación, implica también incidir en la construcción de las políticas públicas en el campo de las comunicaciones, en colaboración con todas las personas y entidades de buena voluntad, empeñadas por construir una convivencia humana dentro del nuevo mundo que está naciendo. Por una comunicación sin exclusión ni excluidos.

En ese sentido, los obispos en Santo Domingo han propuesto una línea pastoral para

ayudar a discernir y orientar las políticas y estrategias de la comunicación, que deben encaminarse a crear condiciones para el encuentro entre las personas, para la vigencia de una auténtica y responsable libertad de expresión, para fomentar los valores culturales propios y para buscar la integración latinoamericana (SD, n 282).

La participación y el acompañamiento crítico a los medios, por parte de los ciudadanos, es otro elemento central para la convivencia fraterna.

Por ello es importante que los católicos tengamos activa participación en los diversos esfuerzos de vigilancia ciudadana de los medios. Las palabras del papa Juan Pablo II nos orientan en ese sentido: “Es necesario, no sólo encontrar el modo de garantizar a los sectores más débiles de la sociedad el acceso a la información que necesitan, sino también asegurar que no sean excluidos de un papel efectivo y responsable en la toma de decisiones sobre los contenidos de los medios, y en la determinación de las estructuras y líneas de conducta de las comunicaciones sociales” (Jornada Mundial de las Comunicaciones, 2003).

3. La evangelización es comunicación para la comunión

El Concilio Vaticano II nos dice: “Una sola cosa pretende la Iglesia: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo... Para cumplir esta misión es deber permanente escrutar a fondo los signos de cada época e interpretarlos a la luz del Evangelio” (G.S. n. 3 y 4).

Del mismo modo, el Papa, Juan Pablo II, al comenzar el nuevo milenio nos hace un llamado muy especial para que entremos en la realidad concreta en cada lugar que es distinta en cada Diócesis. Nos dice así el Santo Padre:

Es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas. Este encarnarse de la Iglesia en el tiempo y en el espacio refleja, en definitiva, el movimiento mismo de la Encarnación... para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su camino (NMI, n. 3).

Aquí tenemos una tarea para toda la Iglesia: “continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo” dentro de “la realidad concreta” que es una realidad distinta en cada lugar. Esta es la forma de vivir y realizar la misión propia de la Iglesia. Vivir y anunciar el Reino. Es evangelizar.

Nuestros obispos dijeron en Puebla: “La Evangelización, anuncio del Reino, es comunicación” (DP: 1063). Y en la IV Conferencia de Santo Domingo lo repiten y añaden “... para que vivamos en comunión”. La evangelización, entonces, entendida como anuncio del Reino es comunicación para que vivamos en comunión.

Por eso, los obispos añaden el testimonio de un evangelizador que grita: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn 1,3). Y la razón, nos advierten,

es que el hombre ha sido hecho a la imagen de Dios Uno y Trino, y en el corazón de la Revelación encontramos su misterio trinitario como la comunicación eternamente interpersonal, cuya Palabra se hace diálogo, entra en la historia por obra del Espíritu e inaugura así un mundo de nuevos encuentros, intercambios, comunicación y comunión (SD. 279).

Si el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, solamente puede llegar a su realización plena en la comunión. Jamás en la soledad, que es la consecuencia del egoísmo. Es lógico por lo tanto el proceso que plantean los Obispos al hablar de “identidad”, “alteridad” y “comunidad”. Dicen: “Cada persona y cada grupo humano desarrolla su identidad en el encuentro con otros (alteridad). Esta comunicación es camino necesario para llegar a la comunión (comunidad)” (SD. 279).

Y la comunión a la que estamos llamados es entre nosotros mismos y con Dios. Se trata de entrar a vivir en esa comunión que S. Juan llama comunión con nosotros, teniendo en cuenta que nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

El encuentro con la alteridad del otro, o con los otros, no es sólo el encuentro con la alteridad de quienes son criaturas, imagen de Dios, sino también el encuentro con la alteridad del totalmente Otro, la alteridad del Creador. En Cristo, “Dios, el totalmente Otro, sale al encuentro nuestro y espera nuestra respuesta libre. Este encuentro de comunión con El es siempre crecimiento. Es el camino de la santidad” (SD. 279).

Pero, al construir con los otros la convivencia con las orientaciones del Reino, se nos hace imprescindible, también, el cumplir con el encargo del Padre de cuidar y administrar la naturaleza y todo lo que en ella existe, para que esta tierra sea una digna morada de los hijos de Dios: (Gen 1,28-30).

La creación es obra de la Palabra del Señor y la presencia del Espíritu, que desde el comienzo aleteaba sobre todo lo que fue creado (cf. Gen 12). Esta fue la primera alianza de Dios con nosotros. Cuando el ser humano,

llamado a entrar en esta alianza de amor, se niega, el pecado del hombre afecta su relación con Dios y también con toda la creación (SD. 169).

4. La Iglesia: casa y escuela de comunicación y comunión

Estamos llamados a ser casa y escuela de comunión. “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros... si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (NMI. 43).

Por ello es fundamental que al interior de la misma Iglesia desarrollemos mejores niveles de diálogo, fomentemos de manera decidida, la libertad de expresión y de opinión pública.

La opinión pública es imprescindible en la vida eclesial, necesaria para que crezca y se perfeccione el vínculo comunitario entre los creyentes. “Le faltaría algo en su vida si careciera de opinión pública. Y sería por culpa de sus pastores y fieles” (Pío XII). En este campo se requiere una mayor colaboración entre fieles laicos y pastores:

Tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestar a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres, la reverencia hacia los Pastores y habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas (Conc. Ecum. Vat. II, LG, 37).

En esta labor cotidiana y fraterna, debemos tener presente lo que nos señala Aetatis novae al decir que “los medios de comunicación no pueden reemplazar el contacto personal inmediato, ni tampoco las relaciones entre los miembros de una familia o entre amigos” (Aet. n. 7). Como casa de comunicación y comunión el diálogo y el respeto a las opiniones al interior de la familia, de la Iglesia y de los grupos sociales, debe ser una constante característica de nuestra actuación.

Los comunicadores católicos y los medios de comunicación de la Iglesia deberán esforzarse por ser pioneros y testimonios de esta comunicación al servicio de la construcción del Reino de Dios.